

CAPITULO XIX.

Las dos hermanas.

A la noticia de la derrota de Armijo, el corazón de María se cubrió de luto y de consternación. Las madres y las esposas de los que habían formado aquella brillante división que tantos laureles se prometía alcanzar sobre las huestes del Sur, lloraban la pérdida de sus más caros objetos, sepultados en las asperezas de aquella tierra mortífera; y María que no tenía razón de su primo, ni le veía volver entre los cortos restos que habían sobrevivido á la derrota, lloraba también sin consuelo el funesto golpe que la separaba para siempre del único

hombre que embellecía su vida y prestaba atractivos al mundo en que vivía.

El diario, confidente mudo hasta entonces de sus más íntimas y puras afecciones, se veía abandonado, sin merecer las atenciones de aquella mujer, que solo tenía corazón para sentir, ojos para llorar, y pensamiento para Miguel.

Matilde, aquella joven de altivo corazón, de violento genio y de alma fogosa que antes vimos zelosa y furibunda, ahora, amable y cariñosa, dulce y tierna, no se aparta un solo instante de su querida hermana, á quien cuida solícita, queriendo borrar con sus obsequios, compasión y amor, los disgustos que antes de conocerla le había proporcionado.

—No te entregues de esa manera al dolor—querida hermana mía—le decía Matilde.—¿Por qué renunciar á la consoladora esperanza? Miguel volverá, sí; volverá á tu lado: me lo dice el corazón, y volverá para hacerte feliz, para realizar el bello ideal en que cifras tu ventura.

—¡Ah!... ¡Matilde!... ¡Cuánto te en-

gaña tu cariño hácia mí!.... Pero no, no te engaña; tú crees lo mismo que yo en su muerte.... y solo tratas de consolarme, fingiendo una confianza que en realidad no sientes.

—Te hablo con la fé del corazon.

—Pero ¿en qué se fundan tus esperanzas?.... ¿No han venido ya los pocos que se han salvado de la derrota?.... ¿Dónde está, pues, Miguel?.... ¿Hay alguno que le haya visto despues de la accion?... ¡Ninguno!.... ¡Nadie sabe de él?.... ¡todos le vieron internarse en el país perseguido por infinito número de enemigos, sedientos de su sangre!.... ¡de su vida!.... ¡de su vida que era la mia!....!

Y María se cubrió el rostro con ambas manos vertiendo un torrente de lágrimas.

—¡Pobre hermana mia!....

Exclamó Matilde fijando en ella una mirada de compasion y de ternura.

—¡Muy desgraciada, sí!.... ¡muy sin ventura!.... ¡Ah!.... dichosa tú mil veces que, dotada de una alma mas enérgica y menos impresionable que la de tu desgra-

ciada hermana, has conseguido arrancar de tu corazon todas las pasiones de la tierra para consagrarte á las delicias de la religion. Dichosa tú que desengañada de los ficticios placeres que proporciona el mundo, estás resuelta á abandonarlo, para vivir retirada de la sociedad.

—Sí; María: mi corazon no tiene ya mas que un sentimiento de cariño en el mundo, y ese es tuyo; cuanto amé sobre la tierra antes de encontrarte, me es indiferente, menós un objeto, y ese objeto es Miguel; Miguel que deseo viva únicamente para tí, para que te haga feliz á tí, la mas virtuosa de las mujeres. ¡Despues!.... mi resolucion tú la sabes.

María estrechó á su hermana entre sus brazos con la efusion mas profunda de cariño.

—¡Ah!.... Pero si no vuelve Miguel, si estoy condenada á morir sin verle.... entonces....

—Entonces no te abandonaré: entonces viviré contigo sin separarme un instante de

tu lado, pendiente de tus menores deseos, amándote con todo el corazón, con todas mis potencias.

Y Matilde y María se estrecharon fuertemente, elevando sus ojos al cielo, desde donde bendecía su amorosa madre los nobles sentimientos de sus adoradas hijas.

En aquel momento se oyó en la calle la voz de un hombre que anunciaba el papel donde se daban noticias detalladas de la acción dada por Armijo, con los nombres de los oficiales muertos en ella.

María, ansiosa de salir de aquella insoportable incertidumbre que le mataba, se desprendió de su hermana, se asomó al balcón, llamó al hombre que vendía el pliego, y poco después fijaba temblando sus centellantes ojos sobre las impresas líneas.

CAPITULO XX.

La defensa.

Lejos Rossi de perder su valor y su presencia de espíritu al verse acusado por Enrique, manifestó tal firmeza y tan vivo interés en que terminara pronto el asunto por el cual habían interrumpido su marcha, que hizo creer á la mayor parte, que la acusación era injusta.

—Se me acusa, dijo, de haber sacado de la casa paterna á una jóven: ¿dónde están los que me vieron entrar en la habitación de esa persona? ¿por qué no se me presentan? ¿Es suficiente el simple dicho de un hombre para condenar á otro? ¿Quién no ve en esta ridícula acusación, no la convie-

cion de probarse un delito, sino una venganza infame de partido? Todo el mundo sabe que mis ideas políticas están en contraposición con las de mi acusador: ambos hemos militado siempre en distinta bandera: nos hemos hecho una guerra á muerte, y hasta hemos sido enemigos personales. ¿Y no vierten todas estas circunstancias, la sobrada luz para probar hasta la evidencia, la bastarda procedencia de su acusación? Preciso es ser miope en tramas de venganza, para desconocer la mala fe que guía á mi contrario.

Pero aun hay mas, señores: el crimen dicen que se cometió el año 28, y se acuerdan de la acusación en el de 32, es decir, á los cuatro años. ¿Y á qué se ha esperado tanto tiempo? ¿No habia tribunales de justicia en el pasado gobierno? Pero aun suponiendo, sin conceder, que hubiese cometido yo ese decantado rapto, arrastrado de una pasión violenta, ¿quién es el que me acusa? ¿Ella?... ¿su padre?... ¿algún hermano?... ¿algún pariente?... ¿su marido acaso,...? Nada de esto; quien se atre-

ve á hacerlo es un hombre que la visita con mas frecuencia de la que acostumbran los que temen empañar la honra de las casadas dando lugar á perjudiciales murmuraciones. Probado, como queda, que una infame venganza personal es la que ha dado origen á que se me impida marchar á donde lo reclaman mis intereses, pido que se me deje andar libre en la población, bajo la responsabilidad de tres personas abonadas que respondan de mí, para que pueda dar los pasos necesarios en mi defensa, y no me vea burlado por los viles manejos de quien ha formado empeño en deshacerse de tan indigna manera de un hombre apreciado en la sociedad.

Enrique contestó á las observaciones de Rossi con el lenguaje de la verdad, y con el comedimiento de una persona bien educada: pero como la acusación la habia hecho officiosamente y sin consultar con el parecer de Pilar, aplazó la hora de la prueba para otro dia, pidiendo se le negase á Rossi la gracia de permanecer libre en la ciudad, no porque desconfiase de salir triunfante de

la acusacion entablada, sino porque temia se ausentase, comprometiendo las firmas de las personas que saliesen responsables de él.

—La absurda pretension de mi acusador, bastaria á probar, si otras razones no hubiera, el decidido empeño que tiene en satisfacer una ruin venganza, queriendo coartarme toda accion en mi defensa. ¿Es acaso de un delito de muerte del que se me acusa, para que se lleve el rigor hasta el extremo que solicita mi implacable enemigo? ¿Es de un crimen de lesa-nacion? Nada de eso: se trata de un raptó cometido hace cuatro años, de un raptó y nada mas, señores: ¿y cuáles son las pretensiones de mi acusador? ¿Que devuelva su buen nombre á esa jóven? Pero es el caso que, como he dicho antes, está casada, y segun tengo entendido, en México no está permitido que una mujer tenga dos maridos. De esta manera—añadió sonriéndose con ironía—aun cuando yo fuera efectivamente el raptor, que lo niego, pero afirmando lo fuera, repito, y tratase de devolverle su buena reputacion y fama

casándome con ella, ni los jueces lo permitirian, ni ella lo consentiria, ni la Iglesia lo toleraria.

Los circunstantes se sonrieron, y Enrique se mordió los labios.

—Pido, pues—añadió Rossi con desenfado—que se deseche por injusta la peticion de mi contrario, y que se me permita vivir en la ciudad para atender á mi defensa, dando, como he dicho, tres fiadores que respondan de mi persona.

Enrique, conociendo que insistir en la pretension de privar de la libertad á Rossi, era dar márgen á que tradujeran siniestramente su noble intento, convino al fin en que diese tres fiadores, aunque resuelto interiormente á vigilar sobre él.

—No quiero, dijo, que se atribuya á miras innobles mi acusacion: óbre libremente el señor Rossi; pero tenga entendido de que está engañado si abriga la esperanza de burlar mi vigilancia. Desde este instante permanecerá una órden de prision para él, en los cuerpos de guardia que guardan las distintas puertas de la ciudad, para que le

arresten en el instante que trate de salir de la capital.

Rossi se sorprendió con aquellas palabras, pero supo disimular con tal maestría su turbacion, que nadie advirtió en ella.

—Veo, dijo sonriendo, que es vd. mas propio para agente de policia que para abogado.

Enrique no quiso contestar á las palabras de Rossi, y se ciñó á pedir que presentase los tres fiadores que habia prometido.

Cien personas de la comunión política de Rossi, se prestaron en el acto á dar su firma, creyéndole mártir de su adhesión á la causa de la libertad.

Rossi manifestó su gratitud á sus correligionarios, y acompañado de varios de ellos, se dirigió á su casa, revolviendo en su mente la manera de nulificar la acusacion de Enrique, y de ponerse en salvo, antes de que llegase la noticia de la prision del general Guerrero.

—Señores—dijo á los que le acompañaban al llegar á la calle de Banegas donde se habia mudado, si gustan vdes, entrar,

tendré la satisfaccion de que pasemos juntos el rato, tratando de la marcha de nuestra causa política.

—Esta detencion, exclamó uno, puede entorpecer su curso.

—Por eso, contestó Rossi, es preciso que nos valgamos de todos los medios para facilitar mi marcha á Acapulco, donde me espera impaciente el general Guerrero. El gobierno teme verse vencido, y se ha valido de ese vano pretesto para impedir mi marcha.

—Sin embargo, el pretesto es tan fútil, que con él no logrará otra cosa que retardar unos instantes mas su caida.

—Señores—advirtió uno de los que habian permanecido callados—soy de opinion de que no permanezcamos en la calle reunidos; hay muchos que nos observan, y cualquier sospecha podria perjudicarnos en estas circunstancias. Por lo mismo, creo que será prudente entrar ó retirarnos.

—Como vdes. gusten.

Dijo Rossi.

—Nos iremos por ahí á adquirir noticias,

Repuso uno.

—Corriente.

Contestaron los otros.

—Adios, señor Rossi.

Agregaron poco despues.

—Adios, señores.

Y Rossi penetró en su habitacion, rugiendo de ira al verse detenido en los instantes mas críticos.

—Solo con su muerte, dijo al verse solo, y paseándose á largos pasos por la alca-ba—puedo salvarme del peligro que me amenaza. Pero es preciso que sea pronto, mañana mismo. Pero ¿de qué medios me valgo para conseguirlo?.... Enrique ha tomado todas las precauciones para que me impidan la fuga por las puertas de la ciudad.... Su muerte únicamente podria poner término á mi conflicto. ¿Y de quién echo mano?.... Si encomiendo á otro la ejecucion, y cae en poder de la justicia, podria descubrirme, y entonces era perdido.... No; hagámoslo nosotros mismos; así el secreto quedará conmigo: despues, muerto el acusador, el acusado queda libre,

y puede ponerse en Veracruz antes de que se llegue á saber la manera conque ha sido preso Guerrero. No es el caso tan desesperado como creí al principio. Si estuviese libre Pedro.... en ese tengo confianza.... gran cosa seria que recibiese la muerte del mismo que le sacó de la prision. Veremos. Y con él puedo hacerlo sin comprometerme: me basta despertar sus zelos, y entonces, á la vez que la justicia podrá atribuir la acusacion que ha formulado contra mí, á envidia por creerme favorecido de Pilar, juzgará su muerte como causa natural de la indignacion de un esposo que se cree ofendido.

Y Rossi acarició esta última idea como la mas conveniente, la mas propia y la menos comprometida. Unicamente le inquietaba el ignorar si tardaria uno ó mas dias en salir de la prision.

Sin embargo, resuelto de todas maneras á deshacerse de su acusador á todo trance, meditó varios proyectos, pulsó detenidamente sus ventajas y sus inconvenientes, y por último, satisfecho de algunos de sus

planes, se sentó tranquilo, pidió una taza de café con una copa de rom, sacó un puro, lo encendió, y se puso á fumar con la sangre fría de un hombre sin conciencia y sin corazón.

CAPITULO XXI.

Disponer al mal.

Enrique habia cumplido su palabra, y Pedro hacia veinticuatro horas que estaba en libertad.

Contento de su ventura, y deseando celebrar aquel fausto acontecimiento de su vida, convidó á varios amigos á un dia de campo en Santa-Anita, en ese poético pueblecillo de indios, que parece brotado del pintoresco lago en que descansa, como la Vénus de la fábula nació de la espuma del mar.

Aunque la manera con que encontró adornada la accesoria dió pábulo á las sospechas